

—de modo no del todo diferente al que se encuentra en algunas páginas de Ratzinger, De Lubac o Guittón—, quizás fuimos demasiado conformistas. Aunque la evolución de la Iglesia, en este punto, es siempre delicada, y si el criticismo hipersensible y desbocado constituye una patología, la retorsión de los argumentos y la búsqueda de interpretaciones favorables a Roma contra todas las evidencias es un engaño.

Además de lo anterior, telón de fondo que no he querido omitir, pues no me parece lícito maquillar cuestiones tan trascendentales, observo dos grandes problemas que nos afectan en cuanto grupo. El primero afecta a la continuidad y el reclutamiento. El segundo radica propiamente en nuestra identidad.

Es preocupante —y comienzo por el primero— ver la descapitalización intelectual y personal de nuestro grupo. Creo, con todo, y no es por neutralizar la cal con la arena, que no abundan equipos intelectuales de la entidad del de Verbo. Pero no creo menos que la gráfica de nuestra evolución vital va a la baja. Ya sé que hemos sufrido pérdidas inefables e insustituibles. Aunque lo más grave sea cotejarlas con el catálogo de altás. Ahí es donde encuentro más necesario concentrar los esfuerzos, en el reclutamiento y apertura de horizontes. Encerrarse en un ghetto; contentándonos con lo que ya hacemos, no es la única alternativa a la rendición. Cabe continuar la lucha con afán de superación y huir del círculo fatal de la pobreza.

Por aquí enlazo con el segundo problema, y es prevenir el alejamiento progresivo de la orientación específica de nuestro trabajo. Vigilar que no se produzca es necesario siempre, pero más aún si se pone en marcha la recluta a que acabo de aludir. Ampliar la base, sí, pero sobre todo elevar la altura y fortalecer los cimientos. En cambio, un tanto insensiblemente, nos vamos deslizando a cuestiones y tratamientos de impécable ortodoxia pero ajenos a veces a nuestra tradición política e intelectual. Y sin que se compense, lo que podría ser admisible, con la contrapartida de esas nuevas incorporaciones.

Nos hace falta, y la gozosa celebración de los treinta años de Verbo y de las reuniones anuales podría ser buena ocasión, meditar sobre nuestra obra y plantear una estrategia. ¿Es preciso una tregua? Maestu tiene un artículo durante la República en el que explica finamente que ciertas retiradas momentáneas pueden quedar justificadas cuando sirven al fortalecimiento. ¿Necesitamos más apertura o diálogo intelectual con otros grupos más cercanos que ajenos? Eso en cualquier caso abonaría una mayor solidez en nuestros postulados. Cada uno, estoy seguro, podría añadir un buen número de interrogantes. Pero las respuestas, en la presencia de Dios, con rectitud de intención, deberemos buscarlas entre todos.

DISCURSO DE FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGONA.

Queridos amigos:

Ya es difícil decir algo de San Fernando que no sea repetir lo que habéis oído en años anteriores. Perdonad, pues, las inevitables repeticiones de estas palabras que podrían titularse añoranza de un rey santo.

Añoranza o nostalgia de unos días, los del rey, tan distintos a los nuestros que son irreconocibles si intentamos verlos en nuestra España de hoy.

Su madre, doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, había casado con su tío Alfonso IX de León. Era un matrimonio que los impedimentos canónicos de la época hacían inválido y de Roma no llegó la validación. Pero se impuso la conciencia al corazón y la princesa castellana abandonó el palacio de su esposo y los hijos habidos por no vivir en pecado.

Hoy también se abandonan esposas o esposos e hijos, pero no por la conciencia, sino por el corazón. Y llamando corazón lo que en verdad merecería otro nombre.

Fernando niño cae gravemente enfermo. Había ido con sus hermanos a pasar una temporada con su madre y su abuelo el rey castellano. La muerte parecía próxima e inevitable. Y la madre se volvió a la Virgen y llevó al niño moribundo a Santa María de Oña.

Llegando al santuario se les unió todo el pueblo.

«Gran piedad ende avian
e mui más po lo menino
a que todos ben querian»

Que es también una hermosa escena. Cuando el dolor de los reyes es el dolor de los pueblos la monarquía es una institución política maravillosa, en la que el monarca tiene algo de Dios y de padre y, por tanto, no sólo es obedecido, sino lo que es más importante, amado y respetado. ¡Pobres reyes cuando sus penas no las llora su pueblo! ¡Pobres pueblos cuando no sienten como propios los dolores de sus reyes!

Quiso Berenguela quedarse sola con su hijo ante Santa María de Oña y una vez que se vació la Iglesia se dirigió así a la Virgen:

«Señora del Cielo, membrate que eres Madre de Misericordia. ¡Aparta los tus ojos de mi pecado de reina et váleme contigo al mi dolor de madre! Yo bien se las misericordias de tu hijo; Yo bien se que non torna a demandar lo que una vez perdonó. Tú, mi madre, que tales penas pasaste, acórreme en la mi cuita».

Y el hijo se curó.

En estos días de olvido de la oración, ¿habrá muchas madres que aún recen por sus hijos? Pidiendo milagros, o simplemente pidiendo que Dios guíe sus pasos en esta vida encaminándolos al cielo.

El regreso a la Corte fue triunfal. La noticia de la curación corrió como la pólvora y los pueblos del camino salían al paso a alegrarse con su infanta dando gracias a Dios por tan fausto suceso.

«E cuando el rey don Alfonso
ouo' este miragr' ouuido
logo se foi de camino
para Onna en Romería».

¿No se puede pensar que cuando los reyes dejan de agradecer los favores que de Dios reciben, el cielo deja de dárselos?

No era ese el caso de Alfonso el Noble. Pero es que entonces los reyes creían que todo poder venía de Dios. Y por ello también lo creían los pueblos. Cuando pasaron a creer que el poder era propio

y podían disponer de él cual de una finca, los pueblos también creyeron que el poder era de ellos y que podían derrocar a los reyes.

Fernando era un niño que rezaba. ¿Siguen rezando hoy los niños? Y las madres, ¿les siguen enseñando a rezar? Y no era la oración del heredero de León e infante de Castilla ñoña y mojiyata.

«Madre —decía a Berenguela— de que yo seya ome granado, faré en los mis estados una muy grand Iglesia, et la llamaré Sancta María; et cuando torne de facer la guerra a los moros, et de ganalles muy grandes batallas, et de tomalles las sus cibdades, colgaré antél altar de la mi Señora todos los sus pendones».

Lejos de nosotros el sostener una idílica Edad Media en la que florecían todas las virtudes y el vicio estaba desterrado. Evidentemente no era así. Aunque bien sabían todos qué era virtud y qué vicio. Y no se intentaba pasar la una por el otro. La Corte leonesa de Alfonso Nono, seguramente a causa de aquella verdad que tan bien expresó creo recordar que Pedro Mártir de Angleria —juega el rey, todos tahúres, estudia la reina, todos estudiantes—, no era precisamente un dechado de costumbres. Dos matrimonios invalidados por Roma con el rey aún en plena juventud no hacía de ella precisamente un claustro. Y a ella fue llamado Fernando por su padre. Vióse obligado, pues, a dejar a la madre que adoraba y las tierras de su abuelo castellano que acababa de morir y a cuyo lado tan feliz fue. Cuando su madre le comunicó la noticia parece que dijo estas o parecidas palabras:

«Non en los dulces brazos de la su madre, mas en los duros de la Cruz nos redimió Cristo, et non de otra manera ha de servirle el su caballero».

Y hacia tierras de León partió y llamó en ellas la atención no sólo por sus caridades con los pobres, sino, sobre todo, por sus costumbres que contrastaban con las de los demás cortesanos y con las del rey. No era ella consecuencia del temperamento del mozo, sino victoria conseguida por la ascesis sobre la naturaleza. Cuando poco después volvió al lado de su madre, convertido ya en heredero de Castilla por el fallecimiento de su tío Enrique I, acercóse esa primera noche la madre feliz al cuarto del hijo recobrado y vio que dormía con una pequeña imagen de la Virgen vuelta hacia su lecho y que a su lado había una disciplina manchada de sangre. Rondaba el príncipe los 19 años.

Yo bien creo que hay jóvenes en la España de hoy que antes de acostarse vuelven su mirada y aun su oración a alguna imagen de la Virgen que tengan en su cuarto. Muchos o pocos no lo sé, pero alguno habrá. ¿Pero que mortifiquen su cuerpo...?

Ya tenemos a Fernando rey de Castilla, pues su madre le cedió inmediatamente la corona. Rey valiente y noble. Rey justo y magnánimo. Y, sobre todo, rey cristiano. Y pronto sería también rey de León.

No hablaré de sus conquistas. El sólo ganó más España que cualquier otro rey: Jaén, Córdoba, Sevilla, Murcia, Cádiz... Antes había pacificado sus reinos, que tampoco fue tarea fácil. Generoso con los vencidos hizo del perdón un instrumento de gobierno. Pero no con miras políticas sino porque perdonando Nuestro Señor Jesucristo, ¿cómo no iba a perdonar él?

Recibió siempre a sus súbditos que acudían al rey con penas y agravios y se esforzó en impartir justicia. Y todo con un talante humano que le aleja absolutamente de ese arquetipo de santos que parecen totalmente desasidos del mundo.

Buen esposo, buen padre, buen hijo, buen hermano, buen amigo, buen hijo de la Iglesia, espléndido rey. Sus relaciones con su madre doña Berenguela, mujer extraordinaria en quien halló excelente consejera y colaboradora, son un modelo de amor recíproco. De su primera mujer, Beatriz de Suavia, estuvo tan enamorado hasta su muerte que ésta le sumió en un profundo dolor. Gosaba con sus hijos como padre amatísimo. Fue un guerrero valiente y en ocasiones hasta temerario. Si como santo fue un modelo, no lo fue menos como hombre.

Quando doña Berenguela le había entregado la corona de Castilla le dijo «Non para sí han de vivir los reyes, ni les es dado hacer gustosa su vida». Y Fernando siguió el consejo materno hasta el final. No vivió para él sino para Dios y para su reino. Y no fue gustosa su vida sino entregada a mil arduos trabajos. Dios le recompensó con creces. Y a España con él.

Y si ejemplar fue su vida no lo fue menos su muerte.

Hoy cuando nuestros contemporáneos no saben vivir como Dios manda, tampoco saben morir como Dios quiere.

No así el rey. Su muerte fue casi repentina. En seguida advirtió que el mal que le llegaba era el definitivo y conforme siempre con la voluntad de Dios la aceptó una vez más de buen grado, con toda naturalidad. Pidió el Viático, mandó le vistieran con su traje más suntuoso, el que reservaba para las más solemnes ceremonias, y se sumió en profunda oración de la que no le interrumpieron las sucesivas llegadas de la esposa, los hijos, los caballeros de su intimidad. Había previamente mandado que desaparecieran de la alcoba todos los símbolos de su realeza porque el verdadero rey era quien iba a llegar a ella.

Quando la solemne procesión de clérigos anunció con sus cirios la llegada del Santísimo, abrió los ojos el rey, descendió del lecho y se arrodilló trabajosamente sobre el suelo, pidió una soga de esparto y mandó se la anudaran al cuello como reo que se sentía de sus pecados. Reclamó un crucifijo y mirándolo amorosamente, con lágrimas rodándole por las mejillas, comenzó a recitar sus pecados. Que aunque fueran solo las inevitables flaquezas de la condición humana de la que sólo fue libre la Santísima Virgen María, a la que Fernando tanto amó, le parecían delitos horribles pues por ellos había muerto su Señor Jesucristo.

Recibida la absolución proclamó su fe en las verdades de la Iglesia y recibió devotamente el Cuerpo de Cristo. Permaneció largo rato en recogida acción de gracias hasta que al fin abrió los ojos.

Se despidió de su mujer y de sus hijos haciéndoles la señal de la Cruz sobre la frente. A Alfonso, el heredero, le recomendó que gobernara según la voluntad de Dios, y quedándose sólo con el clero de Sevilla, después de pedirles perdón si en algo les había faltado, reclamó una vela, la levantó en alto y pidió a Dios que recibiera su alma. Pareció sumirse en la agonía hasta que en un momento abrió los ojos y con un rostro cuasi transfigurado por la alegría pidió que se cantara el Te Deum. Y apenas iniciada por los sacerdotes la salmodia, que con esfuerzo de sus labios parecía acompañar, expiró.

Comprendéis que os hable de añoranza de días y de reyes. De nostalgia de héroes y de santos.

Que San Fernando hoy interceda por España e interceda por nosotros. Tenemos gran valedor. Tal vez sólo faltan nuestras hazañas.